

## 8

**USOS POLÍTICOS DE LA HISTORIA.  
LENGUAJE DE CLASES  
Y REVISIONISMO HISTÓRICO**

**José Carlos Chiaramonte**

Sudamericana, Buenos Aires, 2013.  
300 páginas. ISBN 978-950-07-4323-5

*Fabiana Alonso*

La relación entre historia y política es una problemática siempre convocante al momento de pensar en las implicancias de la investigación histórica. Este libro se ocupa de dos de las manifestaciones que puede adquirir dicha relación: el lenguaje de clases y el revisionismo histórico. Se trata de dos temáticas diferentes y claramente diferenciadas por el autor que, sin embargo, comparten el rasgo de ser expresión de ese intrincado vínculo que, con notable claridad expositiva y agudeza analítica, Chiaramonte se propone desentrañar en un conjunto de textos aquí reunidos.

El libro se estructura en dos partes. La primera da cuenta de la competencia de Chiaramonte para explorar cuestiones de teoría e historiografía. Los dos trabajos que se incluyen en esta primera parte indagan los modos en que una matriz discursiva opera como productora de sentido. El autor parte del capítulo inconcluso de *El capital* referido a las clases sociales y plantea la incompatibilidad de las dos nociones de clase utilizadas por Marx. Desde su punto de vista, tal incompatibilidad proviene del uso de la noción en un sentido clasificatorio y de una concepción de la clase como actor histórico individual, tomada de los historiadores franceses de la época de la restauración, como Guizot y Thierry.

El trasfondo intelectual está dado por la visión del historicismo romántico, que le confiere a las clases la cualidad de actores históricos dotados de conciencia y voluntad como si se tratara de individuos. Desde su perspectiva, esa

tendencia a individualizar fenómenos históricos colectivos se patentiza en el *Manifiesto comunista*, en el cual las clases —burguesía, proletariado— pasan a adquirir atributos subjetivos y personales, configurando así un patrón narrativo de fuerte atracción. En cambio, el análisis de una coyuntura política particular habría de exigirle otra estrategia discursiva. Así es como en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* se puede observar el reconocimiento de la complejidad de los grupos que componen lo que Marx entiende como burguesía.

El texto siguiente amplía la indagación anterior por cuanto indaga la tendencia del historicismo a concebir conjuntos humanos como actores históricos individuales. En *El historicismo y sus problemas* (1922), Troeltsch se encargará de explicitar la noción de totalidades individuales —nacionalidades, Estados, clases, períodos de las civilizaciones, etc.— con rasgos de originalidad y singularidad. Por su parte, Meinecke, en *El historicismo y su génesis* (1936) sostendrá que el historicismo sustituye la consideración generalizadora de las fuerzas históricas, a la manera de la Ilustración, por una consideración individualizadora.

La segunda parte del libro reúne trabajos de corte académico y otros de divulgación, escritos estos últimos con una calidad capaz de combinar la complejidad inherente a la investigación con la preocupación por tornarla accesible al público no experto. El revisionismo histórico es el tema dominante y que otorga unidad. Esta segunda parte se abre con un ensayo que esboza un conjunto de claves interpretativas de la vida política de la primera mitad del siglo XIX en las ex colonias hispanoamericanas, claves que serán retomadas en los textos sucesivos. Así, analizará tanto la construcción de una representación sobre el Estado y la nación configurada por la historiografía constitucionalista argentina entre 1853 y 1930, como una cuestión descuidada por las investigaciones que se han ocupado de la segunda mitad del siglo XIX al abordar los liderazgos políticos englobados bajo el término peyorativo de caudillismo. A Chiaramonte le interesa demostrar que en el período posterior a la independencia se mantuvieron ciertos rasgos del ordenamiento jurídico español y que las acciones políticas de los sectores que resistieron las reformas posteriores a la independencia se correspondían con un universo conceptual que él denomina antigua constitución.

En el artículo sobre el revisionismo histórico se propone reconsiderar la afirmación de los propios revisionistas, según la cual se habría tratado de un programa de renovación historiográfica iniciado en los años 30. En divergencia con esta interpretación, Chiaramonte señala que la mayoría de los rasgos atribuidos a la

interpretación revisionista fueron planteados con antelación por un conjunto de historiadores provinciales y por historiadores profesionales en las primeras décadas del siglo XX. Entre dichas operaciones cabe señalar la de haber consagrado a Rosas —representante de una de las entidades rioplatenses soberanas de la primera mitad del siglo XIX— como el arquetipo de la unidad nacional. Ésta constituye una de las tantas expresiones de uso político de la historia o, para decirlo en términos de Hobsbawm y Ranger, la invención de una tradición.

El apartado dedicado a la divulgación histórica reúne un conjunto de contribuciones en la prensa periódica de la Argentina y de España. Se trata de textos breves, algunos de los cuales recogen planteos que pueden encontrarse en los trabajos que los anteceden, y que echan luz sobre los mitos de origen en lo que respecta a las representaciones sobre la nación, el anacronismo que suponen ciertas conmemoraciones como la del combate de la Vuelta de Obligado y las desventajas que trae aparejada una retórica nacionalista en lo que concierne al actual reclamo argentino por las islas Malvinas.

Desde un posicionamiento en sintonía con la crítica de la comunidad académica ante la creación en 2011 del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación, Chiaramonte advierte que la divulgación histórica es una tarea relevante para la vida cultural de cualquier sociedad democrática. Pero la divulgación debe proponerse transmitir conocimientos actualizados y validados en el campo historiográfico. Si la divulgación pretende posicionarse como «la verdadera historia» o como una versión de la historia nacional en competencia con una supuesta «historia oficial», desconociendo la producción historiográfica de por lo menos los últimos treinta años, y utilizando la historia para justificar imperativos políticos del presente, estamos ante una manipulación del conocimiento histórico que resulta nociva tanto para la historiografía como para la política.

La preocupación de Chiaramonte se inscribe en lo que Jürgen Habermas denomina uso público de la historia. Esto significa que los productos de la historiografía se dirigen a un doble destinatario, los propios historiadores y el público en general. Cuando la exposición de la historia nacional dirigida al público masivo no distingue entre historia y política, no atiende a las condiciones críticas de la historiografía y el punto de vista del observador se confunde con los intereses o preferencias del público, en palabras del filósofo alemán, la historiografía degenera en políticas de la historia.